

LUCO CRUCHAGA.

CHARLAS DE TEATRO

# Recuerdos de Germán Luco Cruchaga

Por N. YANEZ SILVA

(Una ocasión del reestreno de "La viuda de Apablaza")

UNA noche del 18 de febrero de 1926, fuimos al Teatro "Esmeralda", del barrio San Diego, a ver la obra de un autor nuevo que había descubierto el cómico chileno Evaristo Lillo. Se titulaba "Amo y señor", de Germán Luco Cruchaga, donde se veía desde las primeras escenas la enorme intuición de teatro, cierta más bien adivinación, del problema de tablas, de aquel autor, en el diálogo vivo, en la definición de tipos y en un total de composición, en que se revelaba un hombre de teatro, a pesar del desequilibrio del segundo acto, y de otras tachas pasajeras, pero con un amor por la situación dramática como pocas veces habíamos visto en austeros noveles.



GERMAN LUCO

Escribí yo, en aquel entonces, que no recordaba un éxito de teatro chileno, tan franco como el de "Amo y señor", dentro de los tres actos clásicos.

Pasan dos años, en los cuales Lucho Cruchaga dirige "La Patria", de Concepción, y el 30 de agosto de 1927, estrena con el mismo Lillo, la comedia en tres actos de costumbres campesinas, titulada "La viuda de Apablaza" que acaba de reestrenarla en el "Antonio Varas", la Compañía del Teatro Experimental de la Universidad de Chile.

Nos llamó la atención el tipo de viuda, que es todo un carácter, algo hombruno, pero de una pieza, quizá recargado, como si el autor hubiese temido que ese personaje no llegase de batería afuera. Se casa con el hijastro, hijo natural de su marido muerto; pero este muchacho está enamorado de una sobrina de la viuda, que ha dado a este chico todas sus tierras. Esta mujer, toda pasión tardía, no pudiendo soportar tanta ofensa, se pega un tiro. Todo muy bien; psicología de la mujer, dramatismo intenso, diálogos vivos, como fueron los del autor en la otra comedia, pero un defecto grave: llevar a la sobrina a la casa. No había necesidad de ello, habrían bastado las visitas. Pero esta arbitrariedad pasa casi inadvertida para el público.

El progreso de una obra a la otra, era enorme, un salto, del que Luco cayó bien.

¿Qué representativas son sus dos últimas obras del temperamento de este autor, que se consagra con ellas como dramaturgo?

Está allí todo su espíritu, bizarro, desentendado, sin hacer concesiones comerciales, un amo y señor de sí mismo, sin componendas ni artemos para el público corriente. Sincero en todo momento, verídico, salvando muchas veces las dificultades y venciendo las por una gran intuición de teatro. Se ve en sus dos comedias, que el procedimiento es inusual a veces, en cuanto se refiere a las cosas del oficio, con una ingenuidad que habría encantado al autor de hoy en día, que suele decirse la obra bien hecha —pensamiento disparatado— o mejor dicho sabia.

Luco Cruchaga procedía con una gran frescura espiritual en su teatro, sin influencias de ninguna especie. Vie sus asuntos a su manera, y les llevó a las tablas.

Escribía bien; le había disciplinado el periodismo, por eso es rápido y nervioso en sus diálogos. Fue toda intuición, porque era de esos autores que van muy poco al teatro. Admiraba en España a Benavente, que es autor literario salvo en "La malquerida", y no salía de allí. Le gustaba lo francés, pero su caudal de conocimientos en este teatro, tan habilísimo, era muy escaso. No se le ocurrió otra cosa para finalizar su obra, que matar por suicidio a esa mujer apasionada, pero es, te disparo a tontas y a locas, es su nota más elevada en su obra. No sé qué tiene ese suicidio de misterioso, que recoge el corazón y llega tan puntante a las plateas de los teatros.

Intuición. Y tanta era ésta, que hasta el apellido del esposo de la viuda, Apablaza, está elegido en forma maravillosa para un cartel, o sea, para la calle.

Como hombre, Germán Luco era bondadoso y justiciero. Alto, de figura distinguida, elegante en el vestir, pero con cierta despreocupación que le daba personalidad. Rostro pequeño, ojos azules ardientes, nariz corta, sonrosado, de cabeza bien proporcionada, pelo rubio revuelto, con algo de pintor bohemio alemán. Algo había en todo él, que daba impresión de niño juguetero.

De tiempo en tiempo hacía irrupciones en Santiago. Cruzaba yo con él algunas palabras, en una charla que siempre quedaba cortada. Una inquietud en toda esa figura de hombre, que se habría dicho que los nervios estaban al descubierto, como en esos animales de raza, de carrera, que poco antes de soltarse a la cancha, vibran, mostrando estas vibraciones, como oleajes visibles al través del terciopelo del pelaje bien cuidado.

Yo, al mirarlo pensaba: Cómo hay que cuidar a este muchacho para que no se malogre en sus fines dramáticos. Porque era de esos hombres a quienes habría matado un error de crítica, o una mala fe en la apreciación de sus obras. Como al revés, se sentía elerado ante un estímulo bien dicho por un técnico del oficio.

La noticia de su muerte repentina en el invierno de 1930, en el mes de junio, fue para todos un golpe en el corazón, porque tenía muchos amigos que le querían. Murió estando entraba a la edad madura. Tuvo una muerte similar a la del célebre actor y director de escena español, Emilio Mario, discípulo de Rouza y maestro de tantos buenos cómicos de Madrid, entre éstos, doña María Guerrero.

Fue uno de los pocos psicólogos con que cuenta la escena chilena y le bastaron dos obras, para tener una personalidad más vigorosa que muchas que cuentan con un extenso repertorio.

Lo descubrió, como se ha dicho, Evaristo Lillo. Este cómico chileno, haciendo el Rico de "La viuda de Apablaza" tenía un exterior muy original: gordo, bien comido, pero no sé qué había de deliciosa ingenuidad en su interpretación, que le hacía aparecer realmente contra el viento y la marea de su cuerpazo. La viuda, la hizo Elena Puelma, cuando estaba en toda la plenitud de sus facultades. Esta especie de Orfilia Rico chilena fue a lo dramático en aquella obra, con acierto. Deafadada, graciosa, al mismo tiempo, con una actitud natural de intenso dramatismo, logró en ese carácter, todos los aplausos del "respetable". Ingenuidad de Rico ante capacidad de pasión de la recordada esposa del que fue el gran cómico Arturo Bährle, que la llamaba, con tanta gracia: mi mamá...

N. Y. S.